



Sánchez Andrés, Agustín. *Pancho Villa. El personaje y su mito*. Madrid: La Catarata, 2023. 187 pp.

Eduardo Nomelí Mijangos Díaz
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo  

<https://dx.doi.org/10.5209/rcha.95852>

Hace 25 años, en el prefacio a su obra monumental *Pancho Villa*, el profesor Friedrich Katz decía: “La dificultad más grave que enfrenté fue la de extraer la verdad histórica de las multifacéticas capas de leyenda y mito que rodean a Villa debido (...) a que él estaba enamorado de sus propios mitos e hizo cuanto pudo para bordar sobre ellos” (Katz, *Pancho Villa*, 1998:12). En efecto, la vida y obra de Doroteo Arango Arámbula, está rodeado de una serie de representaciones idílicas que, como decía el profesor Katz, “contaminan” la abundancia de testimonios escritos que abordan al personaje popular: el célebre “Pancho Villa”. Y esa memoria popular que se expresa en múltiples representaciones: relatos, corridos, películas y simbolismos diversos, constituye todo un discurso al que podríamos referirlo como el *campo literario* que ha predominado por espacio de más de 100 años (antes de su muerte en julio de 1923 ya Villa era todo un símbolo revolucionario sobre el que se tejían diversas historias). De tal manera que la magnitud de ese campo literario pareciera inhibir las posibilidades del conocimiento, es decir, el *habitus* del campo histórico. Sin embargo, recuérdese que, para ejemplificar la construcción de un espacio de discurso y un espacio de conocimiento disciplinar, Pierre Bordieu no veía un conflicto sino una oportunidad para compaginar el *campo literario* y el *campo histórico*, es decir, la posibilidad de visibilizar con márgenes de certidumbre, objetos y sujetos del conocimiento. Dicho esto, creo que el personaje en cuestión rebela la naturaleza bilateral del conocimiento –*Doxa* y *Episteme*– y que la fecundidad de testimonios literarios y académicos de suyo es un aliciente más para profundizar el entorno y las circunstancias que envuelven las vicisitudes del bandido, líder revolucionario y caudillo popular, más aún en este denominado “Año de Francisco Villa”, por el gobierno federal mexicano. Una coyuntura del todo pertinente, a la vez que provocadora situación. Entonces, escribir sobre Pancho Villa es, como lo ha testificado el autor, una garantía de audiencia y, favorablemente, de amena lectura, como en este caso.

Así las cosas, Agustín Sánchez Andrés trae de nuevo al debate al caudillo revolucionario, y lo hace del todo consciente de la complejidad que rodea a esta emblemática y compleja figura nacional. En 187 páginas, Sánchez Andrés refiere en siete capítulos la trama del mítico personaje, desde “la forja del bandido” hasta “la muerte del centauro”, sin omitir la transición del forajido mexicano al general revolucionario que comandó la División del Norte, uno de los ejércitos insurgentes más importante en la lucha de facciones, cuyas victorias militares le proporcionaron una mediática resonancia dentro y fuera del país.

De inicio, el Villa que Sánchez Andrés visualiza aquí es el de un forajido de bajo perfil, “bandido de poca monta”, pero de innata inteligencia cuyas actividades en el abigeato, el comercio y la arriería le proporcionaron un efectivo conocimiento de las comarcas serranas y la geografía chihuahuense, así como la factible construcción de lealtades personales que le fueron de

sumo valor en su posterior integración al movimiento revolucionario maderista. Villa era pues “un hombre de acción” que pronto encontró en la Revolución un escenario en donde proyectar su liderazgo y sus ambiciones personales. El autor coincide con otros historiadores en subrayar el carácter hostil e incluso violento del personaje, más allá de reconocer que estos rasgos de su personalidad, además de su origen social, le fueron de enorme valor para constituirse en el caudillo revolucionario que edificó la División del Norte, el brazo armado del villismo y quizás el máximo referente de sus dotes militares. Esto era, “una poderosa máquina de guerra” de heterogénea composición social, de gran dinamismo estratégico y comandada por generales leales a su comandante, el “centauro del norte”.

Sánchez Andrés asume cierto escepticismo al abordar el carácter agrarista del villismo. Considera que, si bien se implementaron ciertas acciones de reparto agrario en los territorios dominados, estas medidas fueron excepcionales. “La peculiaridad del villismo residía, en cambio, en la promesa de que dicho reparto (agrario) tendría lugar tras el triunfo de la revolución” (p. 58). Promesas que nunca llegaron a materializarse. En todo caso, el carisma de Villa, y la leyenda generada en su entorno “ayudó a aglutinar a este heterogéneo ejército popular tanto o más que las distintas reivindicaciones sociales que impulsaban a una parte de sus combatientes o la simple ansia de pillaje que movía a otros” (p. 66). Friedrich Katz también veía con mesura las tendencias agraristas de Villa, ponderando en cambio sus medidas en materia de educación. Sánchez Andrés parece coincidir en este aspecto, al reconocer el deseo personal de Villa de promover reformas educativas en el breve lapso en que gobernó Chihuahua, pero que también procuró años después en la hacienda de Canutillo (obtenida a través de los acuerdos de Sabinas con el gobierno federal, a mediados de 1920), en donde estableció más de una escuela para educar a sus numerosos hijos y los hijos de los peones de la hacienda (p. 166).

El 3 de diciembre de 1914 la División del Norte hizo su entrada triunfal en la ciudad de México. Fue sin duda, como afirma el autor, “el momento cumbre de la extraordinaria trayectoria de Villa”. En efecto, en sólo cuatro años pasó a convertirse de un bandido local semianalfabeto, al general que comandaba el más poderoso ejército revolucionario, cuyos triunfos militares cobraban resonancia allende las fronteras. Su acelerado encumbramiento, reconoce, fue posible por una serie de circunstancias en parte ajenas al propio Villa “pero también se debió a sus indudables méritos personales”, entre ellos su liderazgo y su carisma, “su notable capacidad organizativa y talento como guerrillero”. Paradójicamente, la toma de la ciudad de México representaría también el principio del ocaso del movimiento revolucionario de Pancho Villa. Al respecto señala: “La magnitud de los éxitos conseguidos incrementó desmesuradamente la autoconfianza de Villa he hizo que comenzara a desatender los consejos de aquellos que, como (Felipe) Ángeles, habían contribuido hasta entonces de manera notable a sus victorias”, lo cual condujo a la toma de decisiones “erróneas” que resultaron desastrosas para el villismo (p. 97). Y precisamente, el exceso de confianza y el pronto empoderamiento militar mostraron el lado más reprochable del villismo en la capital del país y en otras ciudades capturadas: ejecuciones sumarias, asesinatos, extorsiones y confiscaciones en contra de sus enemigos, pero también en contra de la población civil. Lamentables acciones que transformaron la imagen personal de Villa en un líder propenso a la violencia y al autoritarismo. La prensa nacional e internacional se ocupó de difundir las acciones arbitrarias de villistas y zapatistas en la ciudad de México, alimentando la “leyenda negra” que sus enemigos militares carrancistas se encargaron de reproducir, y que permanecería vigente por muchos años, más allá de su propio asesinato en 1923, producto de una conspiración oficial.

Sánchez Andrés manifiesta la sorpresa que produce “la rapidez con la que se produjo el colapso del villismo como movimiento nacional”, marcado por las derrotas en las batallas del bajo, en la primavera de 1915 y los consecuentes enfrentamientos que no sólo extinguieron paulatinamente la poderosa División del Norte, sino que regresaron a Villa a su entorno guerrillero en las montañas de Chihuahua. Y es en esta etapa de debilitamiento en donde se producen aquellos hechos que detonarían la compleja personalidad de Villa quien, sumido en constantes derrotas militares dio paso a numerosas acciones de represión en contra de civiles, algunas de ellas calificadas incluso como verdaderas atrocidades, muestra de la frustración y el resentimiento del caudillo revolucionario. La rápida descomposición orgánica del villismo ocasionó también el

enfrentamiento entre sus mismos generales (como el caso temprano de Tomás Urbina uno de los más cercanos a Villa, acusado de traición y ejecutado por Rodolfo Fierro), hechos que rebelaron esos rasgos oscuros de su temperamento: intransigencia, intolerancia y violencia irrefrenable. Rasgos que lo acompañaron persistentemente y que se alimentaron en distintos testimonios con diferentes connotaciones.

El imaginario de Pancho Villa en el campo literario o en el campo histórico han valorado en diferente manera el contexto de la violencia en el que coexistió a lo largo de su vida. En efecto, Villa nació y creció en un entorno rural en donde la sobrevivencia era difícil, donde la ausencia del Estado normalizaba actividades delictivas y donde el bandidaje era una forma más de subsistencia, acaso la más visible en un ambiente hostil. Como decía Alan Knight, “para hombres como Villa... la Revolución significó un cambio de título, aunque no de ocupación” (Knight, *La Revolución mexicana*, 2010:188). El paisaje sombrío de la guerra civil, de violencia endémica antes y durante la Revolución mexicana, no justifica en absoluto su descontrolada agresividad, su machismo exacerbado o las ejecuciones por él ordenadas, pero tampoco podemos omitir la relevancia de este aprensivo escenario al tratar de explicarlo. Después de todo, la memoria popular resulta un tanto resistente a los resultados de la investigación histórica, pero refleja en cierta medida la dimensión idílica de sus representaciones en un sentido aspiracional. Así las cosas, el bandido que encarna el espíritu de justicia social, el rebelde vengador o el héroe redentor quizás están lejos de toda realidad, pero sin duda existieron las condiciones para convertirlo, con el paso del tiempo, en un ícono popular, en el personaje nacional que, más allá de la controversia que provoca, aún persiste en su idiosincrasia.

Es posible que aún existan muchas dudas sobre la vida y obra del caudillo revolucionario y que la mitología prevalezca todavía sobre las explicaciones propias del abordaje académico, pero las páginas de este libro sin duda ayudan a entender las cosas. Sánchez Andrés ha realizado una valiosa puesta en valor del personaje y sus mitos que trae al escenario al protagonista de esta peculiar historia a quien el Estado mexicano consideró necesario eliminar hace 100 años. Contrastante situación que un siglo después el propio presidente de la República se refiera a Francisco Villa como el “revolucionario del pueblo”, en medio de un nuevo discurso reivindicador conmemorativo.